

había manifestado contrario al golpe de Estado de Comonfort.

Después de las prisiones se pasaron dos días en expectativa, sin que nadie pudiera darse cuenta de la situación, porque el Presidente no hablaba todavía; pero el 20 aceptó el plan de Tacubaya que se publicó por bando, con salvas y repiques, publicándose á la vez un manifiesto que firmaba aquel con todas sus letras, echándole brea á la Constitución.

Se dió parte al arzobispo del cambio político que se había efectuado, y la autoridad eclesiástica, para corresponder á tal galantería, dió un decreto conforme al que quedaban libres de pena los que habiendo jurado la Constitución se adhirieran al salvador plan de Tacubaya. ¡Quién sabe cuántas gentes abrieron los ojos ante esta forma de absolver pecados que habían merecido la excomunión y de poner con tanta facilidad el prestigio eclesiástico en la balanza de la política!

Como el *pastel* se había estado condimentando con mucha anticipación, secundaron el pronunciamiento las fuerzas de Veracruz, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca y algunas otras guarniciones y gobiernos, y á pesar de eso, Comonfort no las tenía todas consigo cuando veía á su compadre Zuloaga, que era el héroe del momento, rodeado de la gente de la reacción que había venido combatiendo su gobierno durante dos años.

—¡Si esta bomba que he hecho estallar acabará por hundirnos á todos! exclamaba á sus solas.



CAPITULO XV.

Surgen los macabeos.

MIENTRAS que Comonfort contemplaba alelado su obra sin dar ningún paso decisivo, y sin que su Consejo de Gobierno, compuesto de hombres de todos los partidos, tampoco dictara ninguna resolución, porque era imposible que pudieran ponerse de acuerdo, los gobernadores liberales de los Estados como Parrodi, Doblado, Huerta y otros, se coaligaron declarando su independencia de acción para oponerse á los planes del centro, y el mismo Estado de Veracruz volvió sobre sus pasos entrando de nuevo al orden constitucional.

Las indecisiones del Presidente que quería conciliar elementos que eran irreconciliables, le hicieron no sólo sospechoso sino despreciable para los partidos extremos, y en uno y otro campo se propusieron eliminarlo, los liberales asumiendo su soberanía y los conservadores tomando de instrumento á Zuloaga, que ya les había perte-

necido, para que éste le pusiera el cascabel al gato.

El día 11 de Enero, después de un repique á vuelo que hubo en las iglesias y de la respectiva salva de veintiun cañonazos en la Ciudadela, se presentó Zuloaga en palacio en el despacho de Comonfort.

—Compadre, le dijo, el chubasco se me vino encima, ya no me fué posible detener á mis gentes que estaban devoradas por la impaciencia, y acabo de pronunciar-me desconociendo á usted como Presidente.

Comonfort estuvo á punto en ese momento de lanzarse sobre Zuloaga á puñetazos, pero era hombre que sabía dominarse, y contestó con calma:

—No podía esperar otra cosa de usted, compadre, una vez que estoy predestinado á que mis mejores amigos me traicionen. Ya usted sabe cómo me han pagado todas las personas á quienes he hecho algunos beneficios.

—Compadre, he venido á eso precisamente, á pedirle á usted perdón y á entregármele para que me castigue si soy delincuente; pero yo no podía hacer otra cosa, y usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Mis tropas han carecido de lo necesario, usted no ha tenido recursos que darme para mantenerlas y yo me he visto estrechado á recibir algunas cantidades del cabildo eclesiástico. Los jefes que usted mismo ha puesto á mis órdenes, en lo general pertenecen al partido conservador, y en consecuencia, si yo no he accedido á sus deseos, hubieran acabado por fusilarme.

—¿Pero no he mandado decir á usted con Payno que me esperara un poco, un poco solamente?

—He contestado á Payno que eso era imposible. Tuvo la imprudencia de hablarme en presencia de Parra y otros jefes tan reaccionarios como Parra, y he tenido que

manifestar energía. De otro modo yo mismo hubiera cabado mi sepulcro. Todavía más, señor compadre, esos mismos generales que están conmigo y las personas del clero que me han dado recursos, me han exigido que acepte los servicios de Osollos y Miramón, cuyas opiniones usted conoce, y me he comprometido á recibirlos. . . . mañana ó pasado se me incorporarán.

—Está bien, compadre, yo prefiero las situaciones definidas, y ahora lo que me toca es batir á ustedes inmediatamente.

—Usted hará lo que le parezca, compadre, pero yo creo que lo mejor sería que usted, ó mejor dicho los dos, nos elimináramos por algún tiempo de la política.

—¿Y usted quiere que después de haber traicionado la primera vez á mi partido le traicionara la segunda, poniendo la situación en manos de los reaccionarios? ¡Eso no lo haré nunca!

—El partido puro lo repele, compadre, y el moderado no sirve para nada.

—Todavía tengo suficientes elementos para triunfar y triunfaré: en el campo del combate franco á nadie le temo.

—¿Puedo salir entonces de este palacio?

—Espere usted órdenes.

Zuloaga salió del despacho y se estuvo en las antecámaras sin atreverse á salir á la calle temeroso de que se le marcara el alto. Y sin embargo, bien pudo haberse ido, una vez rotas las hostilidades, porque Comonfort, en lo que menos había pensado por más que estuviera en su derecho, era en decretar su prisión. Zuloaga era lo que más deseaba, ya para aparecer como víctima ante los su-

yos, ya para evitarse compromisos ó para acallar remordimientos.

Cuando más tarde, después de unas cinco ó seis horas, alguna persona fué á interesarse por la libertad de Zuloaga, el Presidente le contestó:

—No lo tengo preso, no pago con una perfidia otra perfidia. El señor Zuloaga puede marcharse cuando guste, y aun había olvidado que estuviera en Palacio.

En el entretanto Comonfort había estado alistando las tropas de que disponía para atacar á los pronunciados en sus cuarteles, las cuales estaban ya preparándose con fortificaciones para la resistencia, sabiendo con quién tenían que habérselas.

Uno de los acuerdos principales de aquel que estaba ya dando las *boqueadas* como Presidente de la República, fué mandar poner en libertad á los presos políticos, entre los que se hallaba el Presidente de la Suprema Corte de Justicia don Benito Juárez.

¿Qué le importaba ya que se aumentara combustible á la hoguera en las circunstancias en que estaba, y cuando el fuego ardía de un extremo á otro de la República?

Entonces fué cuando comprendió que había sido lanzado al abismo por sus pérfidos consejeros; pero ya no tenía otro remedio que morir, y quiso buscar la muerte en los combates que iba á provocar él mismo con su denuesto acostumbrado.

Las hostilidades se abrieron inmediatamente desde los puntos que conforme á su estrategia ocuparan los combatientes, por medio de tiroteos nutridos que no daban mayor resultado; pero las gentes de buena intención intervinieron para que se entrara en tratados, y se celebró un armisticio.

Sucedió, sin embargo, algo que vino á hacer imposible todo arreglo. El día 13 hubo dianas y músicas en la Ciudadela.

—¿Qué significa ese regocijo? preguntó un vecino á otro que venía de aquella dirección.

—Acaban de llegar los macabeos.

—¿Qué macabeos son esos?

—Los coroneles Osollos y Miramón que tanta guerra han dado al gobierno.

—¿Pues no estaban presos?

—Hace tiempo de esto: estaban presos efectivamente, pero se fugaron, ó mejor dicho, Comonfort les abrió las puertas de la prisión, según las voces que corrieron entonces.

Un vecino, pues, bautizó á aquellos jefes reaccionarios con el sobrenombre de macabeos, que tan buena acogida tuvo por aquel entonces.

Y como tales macabeos eran enemigos jurados é irreconciliables del partido liberal, desde luego se supo que ellos no habían de aceptar los términos medios y que ya teniendo mando de armas habían de atirantar las cuerdas de la situación hasta hacerlas romperse, para entrar ellos de refresco, que era puntualmente lo que ambicionaban.

Los beligerantes estuvieron en sabrosas pláticas desde el día 11, fecha del pronunciamiento, hasta el día 18 en que las gentes humanitarias propusieron que se salieran los dos bandos á librar su combate definitivo á siete leguas de la ciudad. El caudillo de Ayutla aceptó desde luego; pero no así los pronunciados que precisamente acudieron al armisticio para tomar las mejores posiciones, fortificarlas y ponerse al abrigo de toda sorpresa, pues que mientras en la Capital tenían sobrados elementos de boca y guerra, ya

á media legua que estuvieran fuera, perderían todas esas ventajas.

Comonfort, que era candoroso y á la vez caballeroso, ni se aprovechó del armisticio para mejorar sus elementos militares ni creyó que los contrarios abusarían, de modo que no pudo menos de sorprenderse cuando sus exploradores le fueron á decir que ya los únicos tres puntos que ocupaban sus fuerzas estaban sitiados por tropas bien municionadas, de modo que las primeras tenían que ser envueltas y sometidas una vez que no podían ser auxiliadas.

—¡Canallas! ¡siempre canallas! exclamó el agonizante Presidente, ¿no estaban comprometidos á no moverse de sus primeras posiciones conforme al artículo 1º del armisticio?

Pero Comonfort era también valiente, era más que valiente, temerario, y seguramente hubiera logrado someter á los rebeldes si ha contado con tropas leales; pero el día 18 de Enero, en la noche, cuando ya estaba roto el armisticio, la tercera parte de su gente fué sobornada, pasándose con armas y bagages á las filas enemigas.

El día 19 se pusieron en acción los macabeos.

Los del cabildo exclesiástico llamaron á Zuloaga y le dijeron:

—Estamos contentos de usted, es decir, el Directorio conservador le manda dar las gracias á usted, por nuestro conducto, por haberse sabido sostener durante el armisticio contra todas las proposiciones de arreglo que le hizo Comonfort; pero el mismo Directorio desea, esto es, le suplica á usted, y en caso necesario le ordena, que se ajuste al plan de operaciones militares que ha de proponerle Miramón. . . .

—Pero es el caso que Miramón es mi subalterno . . .

—No importa, dijo el gobernador de la Mitra, el Directorio tiene plena confianza en el coronel Miramón y pone por condición, para seguir ministrando recursos y prestando su prestigio á la revolución, que el jefe indicado sea el que rompa las hostilidades.

—Señor Provisor, las hostilidades están rotas desde anoche.

—Bueno, bueno; pero los ataques sucesivos ha de dirigirlos el señor Miramón.

—¿Quiere decir que debo entregarle el mando?

—El mando militar se entiende, quedándose usted con el civil; porque probablemente el Directorio dispondrá que sea usted el primer jefe del Estado.

—¿El Presidente de la República?

—El Presidente de la República, si es que se dispone que prevalezca ese dictado en el nuevo orden de cosas. Tal vez se llamará Dictador, Procónsul ó Alteza; pero como quiera que se llame la primera autoridad, usted será el que se coloque á la cabeza del gobierno.

Zuloaga ya no opuso objeciones, y se salió de allí resplandeciente de alegría.

Eran las ocho de la mañana: á las once ya estaban Miramón y Osollos con sus columnas atacando la Acordada y el Hospicio, en donde tuvieron que vencer una resistencia de las más obstinadas.

Si las pequeñas guarniciones de esos puntos hubieran sido auxiliadas aunque fuera con cien hombres bien municionados, de seguro que hubieran podido rechazar el terrible ataque que se les dirigió; pero ó no hubo tropas de reserva, ó no tuvieron camino por donde llegar, una vez que fueron tomadas todas las avenidas por los Macabeos durante el armisticio, ó Comonfort estaba aturdido,

el caso es que nada pudo hacer en favor de los pocos ilusos que todavía estaban sosteniendo aquella sombra de gobierno.

De la misma manera le tomaron al día siguiente el punto de San Francisco, que era un fuerte formidable, pero que estaba casi sin defensores, pues que principalmente en la obscuridad de la noche se verificaban las deserciones en masa, dejando tan aclaradas las filas, que á veces sólo se quedaban los cuadros de oficiales.

Los Macabeos eran jóvenes, eran ambiciosos, eran resueltos, y siguieron avanzando con decisión. Su plan de operaciones había quedado reducido á dos puntos: 1°. Atraerse á los desmoralizados reclutas de Comonfort, ofreciéndoles darles bien de comer y beber y sus cincuenta centavos en efectivo. 2°. No dar un punto de reposo al enemigo, para evitar que se organizara y para no dar tiempo á que le llegaran recursos de fuera.

El día 20 Comonfort llamó al general Rangel, á las doce de la noche, para que lo acompañara á hacer la ronda de sus puntos fortificados. Todos estaban desiertos.

—¡Es una defección, general! exclamó Comonfort.

—Sí, señor Presidente, no le quedan á usted más hombres leales que Diaz y Blanco.

—Pero apenas es creíble: antes de ayer he pasado revista á cinco mil hombres.

—Y hoy creo que no tiene usted cuatrocientos.

—Concluyeron sin combatir, ¡se han evaporado!

—Es la derrota moral la que ha hecho á muchos retirarse á sus casas.

—Tiene usted razón. Vamos á defender el palacio como el último baluarte de mi gobierno.

—Ni yo ni los que estamos á su lado lo permitiremos, señor Presidente. Usted debe partir.

—Yo salir huyendo como un foragido. . . ¡nunca!

—Usted podrá salir con todos los honores á virtud de un convenio que yo conseguiré arreglar.

A las siete de la mañana del día 21 se arregló aquel convenio con el general Parra, en el momento en que ya venían los Macabeos avanzando con sus columnas. Parra convino en que el que había sido Presidente saliera con la escolta que gustara, y el general Comonfort, el que había sido el ídolo del pueblo, el que pudo con su gran prestigio vencer los obstáculos que se presentaron á su paso, el que debió consolidar la paz y hacer la felicidad de la República, salió con la cola entre las piernas á las ocho de la mañana, de palacio, seguido de unos veinte militares y de unos cincuenta dragones de escolta, pudiendo ya á esa hora oír los gritos de la multitud que aclamaba á Osollos y Miramón, los que venían al galope seguidos de sus tropas á ocupar el Palacio Nacional.

